

# *Puntuación para escritores y no escritores*

SABER PUNTUAR UN RELATO BREVE,  
UNA NOVELA, UN ARTÍCULO,  
UN ENSAYO, UN E-MAIL

SILVIA ADELA KOHAN

Guías + del escritor



El uso incorrecto de los signos de puntuación es un mal a superar (y un bien a conquistar). De la puntuación utilizada en cualquier clase de texto depende su sentido, sea una novela, un informe profesional, un relato, un artículo periodístico, un ensayo, un e-mail o un mensaje en la nevera. Es un recurso imprescindible para comunicar y, a la vez, aportar ideas. ¿Qué puntuar? ¿Cómo distinguir la puntuación adecuada para transmitir la música del lenguaje, las pausas, la exaltación o la calma? ¿Punto y coma o dos puntos? ¿Paréntesis o guiones? ¿Punto y seguido o punto y aparte? ¿Los signos auxiliares son auxiliares? ¿Con cuál nos identificamos?

De modo ameno y práctico, Puntuación para escritores y no escritores responde a estas preguntas y a otras muchas, resuelve dudas sobre los errores más frecuentes, y permite comprender usos y funciones de los signos para ganar en claridad y concisión. Da a conocer el uso creativo y correcto de la puntuación para hacer de ella una aliada.

## Prólogo

Es tanto lo que podemos hacer con unos pocos signos de puntuación que este libro podría haber sido interminable. Nos permiten explicar, contar, describir, analizar, criticar, desear, denunciar, felicitar. Seguir sus huellas en los textos es una verdadera tentación, la de leer lo que la puntuación nos sugiere. Tan imperceptibles y tan poderosos. Los modos de sacarles partido no se acaban nunca. Sin duda, nos aportan una nueva forma de ver las cosas, una manera distinta de escribir lo mismo y los compases de nuestra propia voz.

Son la clave para la mejor comunicación por escrito, imprescindibles para escritores de ficción y no ficción, periodistas, redactores de textos profesionales, pero también para cada persona en su vida cotidiana que redacta un correo electrónico, una carta, un informe, un mensaje escueto o apunta una receta de cocina. De hecho, puntuar mal desprestigia, quita credibilidad.

A medida que los tenemos en cuenta, que comprendemos cuánto nos pueden ayudar, a medida que los conocemos, los signos de puntuación nos resultan entrañables, unos más que otros, como pasa con los verdaderos amigos. Todos los signos de puntuación tienen su personalidad. Díme cuál prefieres y te diré algo de ti: los paréntesis nos permiten hablar paralelamente, como en secreto; los signos de interrogación abren grietas a nuestro pensamiento; el asterisco es un gran organizador; el punto y coma me facilita esta enumeración; los dos puntos me permiten ligarla con

la idea precedente... los puntos suspensivos sugieren algo no dicho; con el punto y aparte paso a otra cosa.

De todo esto y mucho más trata este libro.

Si los signos de puntuación se ponen en el lugar equivocado, las palabras dejan de decir lo que queremos expresar. De la puntuación utilizada en cualquier clase de texto depende su sentido, así sea una novela o un mensaje en la nevera, un informe profesional, un relato, un artículo periodístico, un ensayo. Una nota que le dejamos a un hijo, a una madre o a la pareja puede mejorar o empeorar las relaciones, según cómo esté puntuada. Es un recurso imprescindible para comunicar algo por escrito y, a la vez, aporta ideas para escribir. «Al oír las palabras, pienso en su forma y su forma son también los signos de puntuación», decía Paul Claudel.

¿Cuáles son los secretos de estas imprescindibles herramientas literarias? ¿Cómo distinguir la puntuación adecuada para transmitir a un lector la música del lenguaje, una determinada entonación, una pausa, la exaltación o la calma? ¿Cuál es el mejor modo de dar a entender lo que pretendemos decir colocando un punto y coma o un punto en el lugar exacto? ¿Cuándo escoger el punto y coma o el punto y seguido? ¿Cuáles son las funciones de la coma, el punto, el punto y coma, los dos puntos, los signos de exclamación, los de interrogación, las comillas, los paréntesis, guiones y demás parientes? ¿Qué producen en una narración, en un informe y hasta en un prospecto médico? ¿Cómo refuerzan el propio estilo? ¿Por qué preferimos unos u otros?

En los 22 capítulos que siguen se tratan todos estos temas con la intención de que el lector encuentre las respuestas que necesite y pueda solventar sus dudas con agrado.

En suma, el uso incorrecto de los signos de puntuación es un mal que hay que superar.

Son un barco a la deriva, un trampolín hacia un libro, una ventana, un itinerario de escritura (o en la escritura), una llave que abre puertas.

¿Qué puntuar? ¿Cómo? ¿Por qué?

Para quienes necesitan conocer la puntuación o manejarla con exactitud y libertad, los dos primeros capítulos conducen a la reflexión acerca del lugar de la puntuación en el lenguaje escrito, de la conexión subjetiva con cada signo, incluido el estilo personal; con testimonios de escritores de ficción y ensayo, los once capítulos siguientes especifican las funciones de once signos (coma, dos puntos, punto y coma, punto, puntos suspensivos, signos de interrogación, de exclamación, paréntesis, guiones, comillas y otros llamados auxiliares, pero no los he considerado así porque, a mi entender, no siempre lo son); a continuación, se ofrece un capítulo referido a la música de la puntuación; cuatro diferenciados por géneros; uno para hablar de transgresiones; otro para la traducción; otro más con propuestas prácticas y el último resume los errores más comunes.

# 1. Tener el gusto de conocerlos

Aunque parecen invisibles, los signos de puntuación están a nuestra disposición, «al pie de la palabra». Como los amigos fieles que nos ayudan a organizar el caos, son la ayuda esencial para organizar el texto. Aportan los matices, las intenciones, la claridad, la precisión, indican pausas, destacan la supremacía de una frase sobre otra, modulan el ritmo.

Explorarlos, experimentar con unos y otros, tener el gusto de profundizar en su conocimiento, es el mejor camino para llegar al lector con eficacia. No debemos restarles importancia.

Puntuar mal no es un padecimiento para toda la vida. Se puede mejorar como se mejoran los hábitos alimenticios o la postura corporal. La puntuación determina la interpretación del texto; está, por tanto, al servicio del autor.

## Qué pretendemos en un texto

Cuando escribimos un texto, el que sea, ¿cuál es nuestro propósito y cuál nuestro deseo?

Deseamos que el receptor (el lector) nos entienda, que reciba claramente nuestro mensaje, que lo valore, lo considere original, diferente, que abra un diálogo con el texto. Pretendemos transmitir una idea, una propuesta, dejar claras las razones, persuadir, consolar, confesar nuestros sentimientos y conmover, contar una historia que interese, analizar un problema.

Se podrían enumerar muchas más razones y, tal vez, para cada texto hay un propósito. Sin embargo, son muchos los escritores que se encuentran con la misma dificultad: no saben cuándo se usan las comas ni diferencian un punto y seguido de un punto y aparte, se olvidan de la grata existencia de los dos puntos y el punto y coma, abusan de los puntos suspensivos y de los signos de admiración. E incluso el punto o los signos de interrogación, cuya tarea parece obvia, pueden crearles dificultades si no reparan en los servicios que les ofrecen y, en consecuencia, los colocan «fuera de lugar». Mientras tanto, la coma, el punto y coma, y los dos puntos saben burlarse y hacer que un mensaje exprese lo contrario de lo que el emisor pretende.

Pero si queremos conseguir todo lo que pretendemos, empezando por un texto claro, que convenza (acerca de lo que deseamos que convenza) y que fluya sin dificultad, los signos de puntuación son nuestros aliados. Son marcas convencionales que nos permiten escribir con mayor o menor efectividad según el uso que les demos. De su ubicación y su distribución acertadas depende la transparencia, la exactitud, el aliento y la fuerza expresiva del texto.

Ni se trata de someternos a las reglas existentes ni de hacer un uso absolutamente arbitrario de las mismas, el acto de puntuar tiene parte de normativa y parte de criterio personal. Si comprendemos el papel que desempeñan los signos de puntuación, su uso resulta placentero, adecuado y natural.

Como dice Martin Amis: «El lenguaje lleva una doble vida... y lo mismo le ocurre al novelista. Uno charla con la familia y los amigos, atiende su correspondencia, considera menús y listas de compras, observa signos viales y cosas por el estilo. Después, uno va a su estudio, donde el lenguaje existe de una forma muy diferente... como materia basada en el artificio». De ese artificio, la puntuación es la organizadora (sinónimo de productora coordinadora, promotora).

## La puntuación otorga el sentido

Existe una relación directa entre puntuación e interpretación.

María Esther Vázquez cuenta que Borges «dictaba cinco o seis palabras, las primeras de una prosa o el primer verso de un poema, y después se las hacía leer. El índice de la mano derecha seguía la lectura sobre el dorso de la mano izquierda como si recorriera una página invisible. La frase se releía muchas veces hasta que encontraba la continuación y dictaba otras cinco o seis palabras. Después pedía que le leyeran todo lo escrito, incluyendo los signos de puntuación».

Entonces, ¿puntuar o no puntuar? He aquí el primer dilema. Tan conflictivo para muchos como el «ser o no ser» de Hamlet.

«La puntuación no va conmigo», dicen. Así, unos, en lugar de respetar los signos de puntuación que han colocado (asegurándose o no de que son los más adecuados), leen el texto resultante con la entonación que su propia respiración impone.

Otros emplean comas y puntos solamente, como si le temieran al resto. O comas en exceso: llenan de ganchitos la página y los ganchitos acaban cegando al lector. O puntúan sin saber por qué eligen un punto y coma en lugar de la coma, guiones cuando son más precisos los paréntesis, puntos suspensivos cuando la coma es lo adecuado.

No registran que con una única coma puede cambiar tanto el sentido del mensaje que resulta innecesaria toda una frase, como en el siguiente ejemplo:

*Una noche soñé que bailaba con un extranjero en camión. Me pregunto cómo pudo ponerse mi camión.*



La primera frase pierde su sentido si colocamos una coma tras «extranjero»:

*Una noche soñé que bailaba con un extranjero,  
en camión.*

También con la coma como instrumento, la siguiente propuesta, nada inocente por cierto, circula por Internet:

Coloque una coma en la siguiente frase: *Si el hombre supiera realmente el valor que tiene la mujer andaría en cuatro patas en su búsqueda.* Si usted es mujer, con toda seguridad colocará la coma después de la palabra *mujer*. Si usted es varón, con toda seguridad colocará la coma después de la palabra *tiene*.

La colocación de cada signo es portadora de un significado, por lo que hay que pensar muy seriamente si colocarlo o no y dónde.

Cuentan que siendo el educador Domingo Faustino Sarmiento, inspector escolar, llegó a un centro y comprobó que los alumnos eran buenos en geografía, historia y matemáticas, pero usaban mal la puntuación. Se lo hizo saber al maestro que, asombrado, dijo:

—No creo que sean imprescindibles los signos de puntuación.

—¿Que no? Le daré un ejemplo.

Tomó una tiza y escribió en la pizarra: «El maestro dice: el inspector es un ignorante».

—Yo nunca diría eso de usted, señor Sarmiento.

—Pues yo sí —dijo tomando una tiza y en lugar de los dos puntos colocó dos comas.

La frase quedó así: «El maestro, dice el inspector, es un ignorante».

Teniendo en cuenta lo que nos sugieren los ejemplos anteriores, vamos a experimentar. Para ello, tomamos una frase de *En memoria de Paulina*, de Adolfo Bioy Casares:

*La vida fue una dulce costumbre que nos llevó a esperar, como algo natural y cierto, nuestro futuro matrimonio.*

Y creamos la siguiente variación:

*La vida fue una dulce costumbre. ¿Qué nos llevó a esperar, como algo natural y cierto, nuestro futuro matrimonio?*

Un signo de puntuación tiene una justificación y un efecto. De ahí, su poder en el texto.

La puntuación es una guía para saber cómo decir las cosas, un instrumento para modular el ritmo, una herramienta indispensable para lograr claridad y concisión.

Algo tan poco significativo para muchos como la puntuación puede ser un referente de toda una sociedad: una puntuación pobre indicaría que esa sociedad es superficial y viceversa.

## **Hablar no es igual que escribir**

La escritura no es una simple reproducción de la lengua oral. Escribir y hablar son dos formas de actuar con el lenguaje y dos códigos distintos aunque complementarios.

Muchos conocen la música del lenguaje, pero no conocen las diferentes posibilidades que ofrecen los signos de puntuación; así, siguen en el texto la melodía más cercana a la expresión oral y los emplean de forma equivocada.

Oralmente se expresan con fluidez y cuentan historias que atrapan al interlocutor y cuando las escriben carecen de interés incluso para ellos mismos.

Es probable que al volcar esas historias en el papel o en la pantalla trasladen mecánicamente la melodía de la expresión oral y desestimen la puntuación que gobierna el texto, y por ello obtienen un texto pobre, ripioso. El código oral y el código escrito se rigen por principios muy diferentes de organización y articulación del discurso, y cumplen funciones comunicativas distintas.

Por otra parte, en la comunicación oral participamos de la situación (con otras personas que están presentes, por vía telefónica, con un auditorio, etc.); por consiguiente, recurrimos a los elementos paralingüísticos (gestos, modales, ademanes, que acompañan a las palabras) y le otorgamos una entonación verbal al contenido (una interrogación, una afirmación, un deseo, una orden, etc.) que responde a las reacciones que observamos en él o los interlocutores, mientras que no conocemos las reacciones del lector en el silencio de su lectura frente al papel o la pantalla.

Además, la oralidad nos permite rectificar mientras hablamos, desdecirnos, explicar mejor lo que queremos comunicar. A las palabras dichas se las lleva el viento, pero las palabras escritas permanecen, perduran, producen significaciones, se releen, constituyen otra realidad: la que producimos con todo lo que el lenguaje nos ofrece.

Entonces, si bien muchos signos de puntuación implican una pausa en la entonación, no toda pausa debe ser señalada por medio de una coma u otro signo, ya que hay pausas en el discurso oral que son puramente respiratorias y nada significantes, necesarias sólo para aspirar aire.

Por ello, insisto: la puntuación obedece a las reglas de construcción del discurso escrito, independientes de la comunicación oral; no representa en el escrito los rasgos de entonación de la oralidad, sino los usos y funciones deriva-

dos de las reglas que operan en el discurso escrito, ajenas a las que regulan el oral.

## En los orígenes

La lectura de un texto era tan difícil en los inicios de la escritura alfabética que había que leerlo en voz alta para separar con el tono de la voz las palabras y las frases.

En el mundo grecolatino se escribía en «scriptio continua», seguido y con mayúscula abarcando todo el ancho del papel, las palabras no estaban separadas entre sí, como en el ejemplo siguiente:

DESPUÉS DEL INCIDENTE LA PEQUEÑA  
 SE QUEDÓ TRAUMATIZADA ELLO BONO  
 ESTÁ MUERTO EL GUARDABOSQUE ES  
 EL OBOA INOCÓMO ES QUE ESTUVO ALLÍ  
 JUSTO A TIEMPO SE LO EXPLICA A SU  
 MADRE NO ESTÁ CONTENTA PIENSA  
 QUE EL GUARDABOSQUE ES SUMA  
 MENTE SIMPÁTICO SE MUELA ABUELA  
 ELLO BONO ESTÁ MUERTO ELLO BO  
 SE CASO CON MADRE NO ESTÁ  
 CONTENTA RESUNACHILLAMADRE  
 PIENSA QUE ELLO BO ES SUMA  
 MENTE SIMPÁTICO LEROGAMOS  
 QUE VEA ALPSIQUIATRA ELPSIQUIA  
 TRA EXPLICAR Á QUE EN GENERAL  
 LOS LOBOSSON SUMA MENTE  
 SIMPÁTICOS RSELO TOMA ALPIE  
 DELA LETRA ESTÁ BIEN SER LOBO  
 MAMÁ ESUN LOBO ELA ESUN LOBO  
 ELPSIQUIATR AESUN LOBO MAMÁ  
 Y ELPSIQUIATRAYTAMBIÉN EL  
 GUARDABOSQUE ESTÁN SUMA  
 MENTE TENSOS

Este texto corresponde a un breve relato de Suniti Nam-joshi, titulado *Historia de un caso*, y gracias a la puntuación se lee claramente:

*Después del incidente, la pequeña R. se quedó traumatizada. El lobo no está muerto. El guardabosque es el lobo. Si no ¿cómo es que estuvo allí justo a tiempo? Se lo explica a su madre. Madre no está contenta. Piensa que el guardabosque es sumamente simpático. Se muere la abuela. El lobo no está muerto. El lobo se casa con madre. R. no está contenta. R. es una chiquilla. Madre piensa que el lobo es sumamente simpático. Le rogamos que vea al psiquiatra. El psiquiatra explicará que en general los lobos son sumamente simpáticos. R. se lo toma al pie de la letra. Está bien ser lobo. Mamá es un lobo. Ella es un lobo. El psiquiatra es un lobo. Mamá y el psiquiatra, y también el guardabosque, están sumamente tensos.*

Pero en aquel entonces, cada uno lo leía como podía. Se cuenta que una madre acudió al oráculo de Apolo para averiguar el destino de su hijo reclutado para la guerra. La respuesta que le dio el oráculo fueron tres palabras (la puntuación no existía): «VolveráNoMorirá». La señora se alegró, pues hizo la lectura imaginando la coma después de «Volverá» y leyó: «Volverá, No Morirá». Pero su hijo no volvió y la señora fue a reclamar al oráculo. La sacerdotisa le aclaró que la lectura correcta debió haber sido: «Volverá No, Morirá».

## De dónde viene la puntuación

¿Cómo evolucionó la puntuación?

Nació después de las letras, no con ellas, y más o menos hasta el Renacimiento fue poco reglada.

Según comenta José Martínez de Sousa, alrededor del 200 a. de C. Aristófanes de Bizancio, bibliotecario de Alejandría, empleó tres distinciones: un punto a media altura (*media distinctio*) para indicar una pausa breve, un punto bajo (*subdistinctio*) para una pausa más larga, y un punto alto (*distinctio*) para una pausa muy larga que podía no ser el fin de la oración, pero pronto se volvió a la *scriptio continua*.

Cuando se expandió el cristianismo, hubo que difundir la palabra de Dios. Así, san Jerónimo, en el siglo V, tradujo la Biblia del hebreo al latín marcando cada unidad de sentido con una letra que sobresalía del margen, como si se iniciara un nuevo párrafo; en la *Vulgata*, utilizó puntos y barras para indicar las pausas convenientes, usó un estilo llamado *per cola et commata*: cada frase gramatical empezaba en una nueva línea.

A principios del siglo VII, Isidoro de Sevilla (el erudito arzobispo de la ciudad) publicó una compilación de estilos de puntuación, que se detallan en el capítulo 13 junto a otras curiosidades, y en el siglo VIII, Carlomagno buscó una escritura más comprensible; así se impuso la *cursiva carolingia*, que separaba palabras, usaba mayúsculas y signos de puntuación.

En la Edad Media, se colocaron las frases en líneas separadas; luego aparecieron la coma y el punto. Aldo Manuzio en Italia y Geofroy Tory en Francia —después, Elio Antonio de Nebrija en España— fueron fijando reglas para el empleo de los signos de puntuación con el fin de ordenar el discurso escrito y conseguir que los textos editados fueran fácilmente leídos por una mayoría de personas.

Aldo Manuzio el Joven, nieto del impresor veneciano inventor del libro de bolsillo, definió el punto en su manual

para tipógrafos (*Interpungendi ratio*), y más tarde las mayúsculas iniciales, los paréntesis, la separación entre párrafos, hasta llegar a los signos actuales.

El actual sistema de puntuación se estabilizó hacia el siglo XIX, pero siempre aparecen innovaciones, unas mejor recibidas que otras. Por lo tanto, inventar la que se adapte a nuestras necesidades y a nuestras intenciones no es una idea descabellada.

## De qué se ocupa

Una buena puntuación nos permite diseñar el ritmo de nuestros pensamientos, asegura la adecuada articulación de las unidades que integran una frase, un párrafo, un texto, un libro. Los signos de puntuación son una guía para orientarnos durante la escritura y orientar al lector. Por eso decíamos que requieren un empleo muy preciso y que si se ponen en el lugar equivocado, las palabras dejan de decir lo que el autor quería expresar.

Como ya hemos visto, no son señales indicadoras de las inflexiones del lenguaje oral, aunque muchos así lo crean y, en consecuencia, puntúan mal. Su función es amplia y diferenciada.

En su conjunto, nos permiten modular la música del texto según nuestras necesidades; diseñan la estructura; hacen de conectores y establecen separaciones; permiten que el lenguaje fluya; evitan la ambigüedad; sugieren significaciones. En suma, representan las diferencias de velocidad o de entonación del lenguaje y son herramientas para distribuir nuestros pensamientos y configurar un itinerario que guíe al lector.

En particular, cada signo de puntuación proporciona pistas y direcciones.